

## EL CAFÉ CON LECHE

En el minuto diecisiete de la hora número trescientos seis mil seiscientos veinticuatro, de la biografía de Stephen Conrad ocurrió algo inusitado. Un pájaro de cola azul y frente amarilla se posó sobre el reloj de arena que le habían regalado el día anterior junto con una deliciosa tarta de nata y fresas adornada con treinta y cinco velas de cumpleaños.

Un hecho sin mayor trascendencia si no hubiese sido porque aquel pájaro, al parecer un raro espécimen de agapornis de la variedad rosseicolli, hablaba en perfecto inglés y que el reloj de arena, cuando sintió sus plumadas patas, se paró de repente.

Y antes de que Stephen Conrad pronunciase ninguna palabra, el pequeño pájaro de cola azul comenzó a hablarle de forma locuaz y, en un alarde de oratoria, le refirió los episodios de mayor calado de su biografía. Le contó que él había conocido personalmente a Noé al que alquiló en su Arca un cómodo receptáculo, de reducidas dimensiones, pero suficientes comodidades, y que también se había codeado con varios profetas apócrifos, cuyos nombres no se consignaron en la Escrituras por falta de interés del escribiente, pero que tenían una gran influencia en la zona y que fueron estos los que, por su simpatía y buen hacer, le recomendaron al Gran Jefe Plumado para ejecutar una ardua tarea.

En aquellos tiempos, era cierto, resultaba difícil ver al Gran Jefe Plumado, sobre todo por los nublados, porque el diluvio universal estaba a punto de caer y el clima se antojaba inestable, pero como el Gran Jefe Plumado era espabilado y lo veía todo, captó al vuelo sus capacidades y siguiendo el sabio consejo de los profetas le llamó a su presencia una mañana despejada de verano.

Y el encargo que le encomendó fue el siguiente; que volase por todo el mundo y cronometrarse, a la milésima de segundo, el tiempo exacto de la vida de cada una de las personas, pues los seres humanos, por celeste propósito y natural designio, nacen a una hora y mueren a otra y la puntualidad es vital en estos casos (por razones obvias). Y, para que no se produjese ningún error sobre la identidad de los afectados, le

entregó un pergamino enrollado en el que se detallaban la identidad de cada uno de los humanos y el tiempo exacto de la duración de sus vidas. Entre las vidas que aparecían en ese peculiar pergamino (he aquí la cuestión principal de este relato) estaba la suya; la de Stephen Conrad.

Stephen Conrad permaneció en silencio durante aquel enrevesado discurso y cuando el pájaro cerró el pico (por fin), lo miró perplejo y, con expresión de pánico mayúsculo, le increpó sin contemplaciones:

- ¿Acaso has venido tú a anunciar mi muerte? ¿Acaso eres tú un pájaro agorero y yo voy a morir ahora mismo? ¡Sólo tengo treinta y cinco años! – exclamó despavorido
- No, no es eso – le contestó el pájaro, tranquilizándolo – Solo vengo a pedirte veinticuatro horas de tu vida.

Stephen Conrad se pellizcó varias veces en las mejillas y pensó que todo aquello no era más que un sueño. Recordó cuantas veces había soñado que soñaba y que en su sueño soñaba otro sueño y luego otro más y que los sueños se iban guardando uno dentro del otro como en una caja policromada de matriuscas.

El pájaro de cola azul y frente amarilla le explicó entonces que, aquellas veinticuatro horas de su vida las necesitaba para salvar a un agonizante anciano que, si conseguía sobrevivir en esas horas, mejoraría repentinamente de una mortal enfermedad y podría vivir algunos años más, si bien no podía precisarle cuántos. Y venía a pedirle esas horas tan vitales, porque el tiempo (como era evidente) apremiaba, y los voluntarios escaseaban últimamente, más aún al tratarse de auxiliar a una persona cuyos días hábiles en el mundo estaban contados.

Stephen Conrad no salía de su asombro y aquel pájaro no dejaba de hablar y hablar y continuaba su locuaz e increíble discurso sin permitirle réplica.

- El procedimiento -continuó diciéndole el pájaro – es además relativamente fácil.

Él moriría, sí, pero solamente durante veinticuatro horas. Sería una pequeña muerte, una muerte fugaz y repentina. Nada dolorosa. Sin llantos ni exequias ¿Quién no ha

deseado alguna vez morirse por un rato? – le dijo el agapornis sonriéndole. Él perdería un día de su vida, eso era cierto, pero la cuestión tenía también sus ventajas.

Corría el día uno de abril del año dos mil veintitrés, primero de mes y su esquilmada cuenta en el Lloyds Bank se congelaría, nada de cargos, nada de recibos, nada de hipotecas, su jefa cerraría la contabilidad de Beaver Brooks, lo más farragoso para él, no tendría que ir a hacer la compra del mes a Paxton & Whitefield, ni llevar a sus hijos a actividades extraescolares, se ahorraría también algún que otro disgusto que el azar le tenía astralmente asignado y, sobre todo y por encima de todo, salvaría una vida. Además, ¿cuántos días de su vida no había perdido ya? ¿cuántos minutos y horas había malgastado sin ninguna causa? Por otro lado – continuó el pájaro sin dejarle hablar - tampoco tendría que preocuparse de la intendencia. Él se ocuparía de todo. Una agencia especializada le organizaría un viaje imprevisto para no levantar sospechas y transcurridas las veinticuatro horas pactadas, él, Stephen Conrad, reviviría. Sólo serían veinticuatro horas. Nadie lo echaría en falta; nadie lo notaría.

- ¿Qué te parece, Stephen? – le preguntó el pájaro abriendo su pequeño pico y moviendo con desparpajo su plumada cola.
- Bueno...- contestó él, dubitativo – Pero ¿Y si yo necesito después esas veinticuatro horas para mi vida?

El pájaro encogió entonces sus verdes alas, levantó la cola, color azul ópalo, y permaneció en silencio durante unos segundos.

- Nada te puedo asegurar – le contestó subiendo su roja cabecita - Entrarás en la lista de espera de todos aquellos que necesitan más tiempo , pero, ya sabes, el tiempo es oro y el material escaso.

Stephen Conrad miró en ese instante el reloj de arena y observó cómo la arena se había quedado a medias entre los dos receptáculos; su polvo de siles congelado.

- Pero el reloj de arena ya se ha parado – le dijo Stephen con gesto preocupado.
- Sí, el reloj se ha parado ya – le contestó el pájaro-. Sabía que tú no te negarías a mi reclamo y lo hice parar, pero si es otro tu deseo reanudaré su curso. El tiempo corre. El tiempo siempre corre, aunque tú no estés vivo.

Stephen Conrad sintió entonces un sudor frío por todo el cuerpo. Un sudor que le bajaba desde la frente y le recorría el rostro. Sintió sus ojos arder, sus manos temblar, los pies no se sujetaban sobre el suelo y exclamó “¡Oh, My God!” (¡Oh, Dios mío!)

El pájaro de cola azul y frente amarilla salió entonces volando por la ventana del salón que daba a Hyde Park, transportando en sus pequeñas alas las veinticuatro horas perdidas de Stephen Conrad y dirigiéndose raudo hacia un lugar que a él ni a nadie le estaba permitido conocer. Stephen Conrad se asomó a la ventana y lo vio alejarse por el nublado cielo londinense y exclamó: ¡Oh, el tiempo vuela! (nunca mejor dicho).

Y después de esta exclamación se tocó los brazos, abrió y cerró los ojos, le entraron ganas de ir al baño, se pellizó las mejillas, se sentó y se levantó varias veces de la bonita silla isabelina que adornaba el salón, puso la radio, cogió un libro, bailó un tango y miró a su alrededor. Nada parecía haber cambiado. Todo permanecía inalterado. El jarrón de porcelana de Meissen conservaba el mismo color verde chillón de siempre, las flores que había comprado el día anterior en Shepherd’s Bush estaban abriendo sus pétalos, desde la ventana del salón se divisaba Grosvenor Square, los mismos semáforos, los mismos árboles, la misma señora Fernsby regando sus plantas, el mismo señor Sackville regañando a los niños. Marvel dormitaba tranquilamente en el sofá. Pronto llegaría Chelsea. ¿Qué había cambiado entonces? ¿Qué cambia en realidad cuando uno muere? - se preguntó Stephen. Y, al preguntarse esto, experimentó una extraña sensación que le nacía en el pecho y que le bajaba al estómago. Respiró hondo. Sintió que sus pulmones no le respondían. Quiso morirse, pero no pudo (era obvio, ya lo estaba) ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

Y en ese preciso instante, mientras Stephen Conrad pensaba en su esfumada vida y en su efímera muerte y sentía en sus propias carnes el molesto resquemor de la inexistencia, en el minuto veintidós de la hora número setecientos cuatro mil novecientos treinta y tres de la biografía de William Liam Conrad, el anciano padre de Stephen ocurrió algo inusitado.

William Liam Conrad, en la cama de su habitación en el Saint Mary Hospital, en el barrio de Paddintong, Londres, a pocos kilómetros de la casa de Stephen y después de más de quince días en coma profundo, abrió los ojos, vio una enorme telaraña que

colgaba de la lámpara del techo y, después de quejarse de las insalubres instalaciones del hospital, pidió a la enfermera un café con leche, con poca leche y sacarina, por favor (please).